

La llegada de los bárbaros. Los españoles y el boom

Celina Manzoni *

Si el formidable trabajo de los catedráticos españoles comandados por Joaquín Marco que dio como resultado el volumen crítico titulado *La llegada de los bárbaros*, conmociona hoy algunas certezas, es, entre otros motivos, porque para pensar los avatares de la cultura española en el tardo franquismo y en el posfranquismo se articula con la compleja recepción de los textos leídos en el momento que, para simplificar, se conoció como el *boom* de la literatura latinoamericana.¹ Un término que este libro, tan alejado de la simplificación, procura desmitificar en sucesivas intervenciones que se orientan a diferenciar el impacto comercial –el fenómeno de las ventas–, de la calidad de una literatura que si bien sorprendió en los años de su irrupción, hoy se reconoce que no sólo «viene de muy atrás sino que tiene amplias trazas de perdurabilidad futura».² En otra inflexión, parece obvio que los bárbaros del título serían, en el contexto del libro, los escritores latinoamericanos que escribiendo en lengua española no habían nacido en España y eran por lo tanto, en la más aquilatada tradición del término, extranjeros; aún así, se va volviendo cada vez más evidente que tales bárbaros, calificados de «benditos» en la tercera parte del libro, parecieron finalmente haber logrado algún tipo de integración a la cultura peninsular.

No sería la primera vez que se recuperan las voces de los escritores y de los críticos españoles atravesados por lo que se sintió como una brusca irrupción de la modernidad literaria en una España todavía oscurecida por la derrota y en la que apenas sobrevivía el tenue hilo de una tradición liberal nunca desaparecida del todo. Fernando Tola de Habich y Patricia Grieve, ya en 1970, se habían interrogado y habían interrogado a algunos de los escritores, críticos y editores españoles más activos en esos años en torno a las encendidas polémicas provocadas por afirmaciones personales del escritor español José María Gironella entonces consideradas escandalosas, o por lo menos mediocres, en las que manifestaba el aburrimiento que le habían provocado novelas como *Cien años de soledad*, *La Casa Verde*, *Rayuela* o *El Siglo de las Luces*.³ La nueva y más reciente recopilación y reflexión, cumplida por un equipo universitario, encara un objeto múltiple construyendo una metodología de trabajo original que no se allana de manera estricta ni a las fórmulas del comparatismo ni a las de la teoría de la recepción. Algunos de los investigadores, en un gesto que ha sido casi modélico en muchos de los estudios de la literatura latinoamericana de los sesenta y tempranos setenta, escriben desde una trayectoria vital nunca restringida a las aulas como tampoco se restringen a espacios cerrados e incontaminados los escritores y mucho menos los periodistas que protagonizaron el fenómeno denominado *boom*. En este contexto parece casi obvia la mención de la *Historia personal del boom* de José Donoso y sus secuelas familiares.⁴ Quizás no lo sea tanto recordar el grado de pasión y de compromiso personal que caracterizó tanto la lectura como la construcción de la crítica académica, periodística y política que en esos años pareció colmar lo

que parecía un insaciable deseo de cambio en los marcos de un nuevo proceso de modernización y revolucionarización.

Un libro como *Historia de un deicidio* que Mario Vargas Llosa dedicó al análisis de la obra de su entonces admirado amigo Gabriel García Márquez, desempeñó su papel, más que en los meandros de la crítica literaria, en las trincheras de una trama cultural, política y social que al crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal le pareció adecuado calificar de «ardiente». Leído como parte de la política de «bombo» y «autobombo» que le atribuyeron los enemigos, primero sirvió para consolidar las argumentaciones tendientes a demostrar que todo el fenómeno literario era parte de una conjura llevada adelante por una mafia local que había logrado envolver en sus redes a la incauta industria editorial española. Después, cuando Vargas Llosa y García Márquez se pelearon, incluso a trompadas, el libro desapareció de la circulación y nunca más se volvió a editar aunque las acusaciones de práctica mafiosa continuaron a través de por lo menos dos voceros infatigables: en México, Carlo Coccioli y en Argentina, José Blanco Amor, un exiliado para quien «todo nació de una especie de alianza político-comercial [...] una erupción literaria [que] no tenía bases estéticas ni éticas». ⁵

Más allá de estas y otras acerbas polémicas, *La llegada de los bárbaros* reabre una discusión que pudo imaginarse como clausurada en 1981 con un volumen editado por Ángel Rama en el que se recuperan diez ponencias del total de las presentadas en el Coloquio reunido en el Wilson Center de Washington del 18 al 20 de octubre de 1979 para discutir «El surgimiento de la nueva narrativa latinoamericana, 1950-1975». ⁶ Si bien la experiencia enseña que la conversación es infinita y

que no existen temas clausurados, de lo que es prueba este y otros encuentros de literatos que nos reúnen aun en medio de preocupaciones que nos exceden, también es cierto que, por lo menos en lo que respecta al *boom* de la literatura latinoamericana, los antiguos fervores parecen estar apaciguados. La señal más evidente de esa despojada serenidad parece ser, aunque parezca paradójico, cierta voluntad crítica de encontrar continuadores, más bien herederos, de aquellos fastos ya canónicos cada vez que se cree vislumbrar la presencia de escritores que puedan pensarse como un conjunto más o menos notable; sucedió hacia los '80 cuando se habló del *postboom*, efímero intento, o ya más cerca de nuestro fin de siglo cuando se pretendió leer, entre otras, la escritura de Roberto Bolaño o la de Enrique Vila-Matas, como una directa prolongación de los sesenta, sin percibir que lo suyo se constituía en un quiebre, un acto más de ruptura que de continuidad.

Finalmente se trata de efectos de lectura que suelen arrellanarse en la comodidad de la etiqueta salvadora salvo cuando, como sucede con *La llegada de los bárbaros*, nos obligan a repensar algunos de los saberes comunes ya rutinariamente aceptados. Sin embargo y contrariamente a lo que vengo diciendo, el movimiento crítico que postula ese libro no se propone como una reflexión sobre la literatura latinoamericana sino sobre la literatura española pero lo realiza a partir de analizar el papel cumplido por la literatura hispanoamericana en la España de los años sesenta en adelante cuando, en palabras de Jordi Gracia se protagonizó la «lectura atónita de una obra maestra cada seis meses». Digamos de paso que esa lectura «atónita» no fue privilegio de la cultura española, también afectó al público ampliado de América Latina y a

otros públicos además de constituir un pasaporte al glamour de languidecientes departamentos de español de universidades norteamericanas y europeas. Mirando sus efectos desde otro ángulo, esa lectura cimentó vocaciones que, más o menos reconocidas, todavía sostienen muchos de los desvelos de los que participamos en el diario bregar de las aulas y en encuentros académicos.

Volviendo al diálogo con esa reflexión, los colegas españoles reconocen que en la España de entonces lo hispanoamericano no sólo todavía «formaba parte de una mal diseñada política de propaganda del régimen franquista» sino que además la literatura hispanoamericana se entendía como un apéndice de la literatura española como en los ya lejanos tiempos de don Marcelino Menéndez y Pelayo. Un ejemplo ostensible de esa línea conservadora puede leerse en un curioso «Mapa literario de España» publicado en 1927 que, sobre un esquema de la península, organiza a los escritores españoles según su lugar de nacimiento. Entre los nacidos fuera de España, junto a Benito Pérez Galdós (Las Palmas – Canarias), figuran, entre otros, Andrés Bello, Domingo F. Sarmiento y José Enrique Rodó.⁷

La situación, de por sí compleja, en los sesenta arrastraba además rencores y resquemores hacia un exilio que aunque doloroso, también había otorgado a numerosos intelectuales españoles una mayor o menor fortuna literaria en los países hispanoamericanos; algunos de ellos, como por ejemplo Guillermo de Torre, por esos mismos años o algo antes, intentaban operativos de retorno procurando el tendido de puentes entre los que se fueron y los que quedaron.⁸ Para complicar un poco más el escenario, digamos por nuestra parte que aquella operación de grandilocuente hispanoamericanismo

tuvo en los comienzos del siglo XX, antes de la guerra, connotados representantes en las filas de la vanguardia española reunida en torno a *La Gaceta Literaria* de Madrid dirigida por Ernesto Giménez Caballero –representante, dicen, del llamado fascismo estético.⁹ Desde sus páginas, Guillermo de Torre, luego exiliado en Buenos Aires, lanzó en abril de 1927 una provocadora hipótesis tendiente a establecer que el meridiano intelectual de América debía pasar por Madrid.

El escándalo desatado por esa pretensión ha sido recogido en las revistas de la vanguardia en América: *Martín Fierro* (Buenos Aires), *revista de avance* (La Habana), *La Pluma* (Montevideo), *Ulises* (México), *Variedades* (Lima) y siguen las firmas.¹⁰ Por detrás del agravio los americanos percibieron que en los españoles había algo más que la aspiración a un negocio editorial, como algunos minimizaron; se dijo y Jorge Cuesta demostró, con firmeza pero sin énfasis, la perduración de una flagrante ignorancia de la literatura y de la cultura americana en su crítica al artículo de Guillermo de Torre «Nuevos poetas mexicanos» publicado en el número 6 de *La Gaceta Literaria*.¹¹ De allí que se castigara a los peninsulares con una dura imputación de provincianismo: «El paisaje de España se reduce al de España misma: un pentágono» dice con ferocidad y relativa injusticia Lizardo Zía en *Martín Fierro*. Digamos al pasar que la provocación abrió el cauce a reflexiones sobre la lengua nacional en varios países americanos siendo una de las más conocidas la *Indagación del choteo* de Jorge Mañach que apareció en La Habana en 1928. Entre nosotros, el mismo año, Arturo Capdevila publicó *Babel y el castellano* y Borges el más conocido y premiado *El idioma de los argentinos*. Despertaron otras polémicas *El castellano en la Argentina* de Arturo Costa

Álvarez en 1929 y un aguafuerte de Roberto Arlt de 1930 también titulado «El idioma de los argentinos».¹² Más allá de una mayor o menor acrimonia, quizás lo más difícil de reconocer entonces, de uno y otro lado, haya sido la imposibilidad de pensar la cultura latinoamericana como una multiplicidad y como una entidad diferente de España, con una historia, rasgos y modalidades que exigían y exigen modos de pensar diferentes de los tradicionales.

El debate que no se cerró entonces vuelve a ingresar en este libro en el que, junto con el diagnóstico, Joaquín Marco rescata las excepciones a esa política peninsular imbuida de un falso nacionalismo con su secuencia de ocultamiento y censura siempre empobrecedoras; recupera las figuras de catedráticos cuyos libros también fueron fundamentales en nuestras universidades en los cursos de literatura española: Martín de Riquer, José Manuel Blecua o Josep María Castellet, con los que se construyen formas de la resistencia al franquismo basadas en una tenue tradición llevada adelante tanto por maestros (Agustín del Saz, Guillermo Díaz Plaja, Ángel Antonio Andrés) como por compañeros de generación, entre los que menciona a Félix Grande y a Paco Tovar quien colaboró en la primera parte del proyecto de investigación que dio lugar a este libro; también recupera las lecturas de los más jóvenes para quienes la poesía de Neruda o la de César Vallejo fue parte de su formación política y para quienes lo hispanoamericano tenía la coloratura de lo subversivo, tan necesaria en la búsqueda de lo propio.

En lo que se refiere a la metodología de trabajo del equipo español, digamos que la perplejidad que puede despertar en los lectores de la época de Internet el relato de la construcción

artesanal de un fichero procedente de recortes de periódicos o de azarosos encuentros en revistas, diarios y publicaciones de toda índole, emociona en cambio a los *pregoogle*, entre los que a medias me cuento, que recorrimos senderos semejantes en los años de la dictadura para llegar a integrar una documentación que posibilitara la información, la discusión y la crítica de nuestros años sesenta. Claro que nunca pudimos acceder al material que reúne este libro desafortunado que llega a las 1183 páginas; enhorabuena ya que su lectura apunta a la ruptura de una incomunicación que ha empobrecido los estudios del área o que ha desalentado la consideración de las culturas nacionales más allá de fronteras que aunque lábiles y porosas en un sentido, se constituyeron como férreas en otros.

En el libro se reconoce que uno de los problemas que afectó la recepción de la literatura latinoamericana en España consistió en una cuestión cronológica que derivó en confusión estética y crítica; así lo percibió también Ángel Rama al señalar que:

[...] la tardía y confusa información sobre la novela latinoamericana proporcionó una primera imagen de la arbitrariedad que caracterizaría al *boom*: el conocimiento de Mario Vargas Llosa fue anterior al de Julio Cortázar y el de éste anterior al de Jorge Luis Borges, lo que contribuyó a un aplanamiento sincrónico de la historia de la narrativa americana que sólo con posterioridad y dificultosamente la crítica trató de enmendar.¹³

Una percepción que recupera las observaciones realizadas por José María Castellet en La Habana en 1968 y los intentos de rearticulación del caos informativo por parte de los también críticos españoles Rafael Conte y José María Valverde. Un achatamiento, como lo llaman Dunia Gras Miravet y Pablo

Sánchez López quienes recuerdan el caso singular de Jorge Onetti (finalista del Premio Biblioteca Breve 1969 con *Contramutis*) más famoso de pronto que su padre Juan Carlos Onetti, de intensa trayectoria aunque leído más tarde. En su detallada crítica de la crítica le imputan a los especialistas el abandono de su papel orientador, una ausencia que «contribuyó a crear mayor confusión en torno al fenómeno del boom, que se recibió en forma indiscriminada, como una avalancha de títulos y de nombres de procedencias diversas bajo una misma etiqueta». ¹⁴ Con esos y muchísimos otros materiales ahora a la vista, el estudio de un momento estelar de la literatura latinoamericana no sólo tiene la posibilidad de democratizarse, y ya es mucho, sino también de ampliarse y abrirse a una revisión en diálogo franco con la cultura española de nuestros días. El momento parece muy adecuado, más sabios, enfriadas las pasiones podemos retomar la revisión de muchas de las polémicas que cruzaron el período y releer algunos libros básicos entonces, un gesto que ya comenzó por ejemplo, con la revisión reciente por Tomás Eloy Martínez de *Los nuestros* de Luis Harss cuya primera edición es de 1966. ¹⁵

Un aspecto que, si bien conocido, sigue siendo de interés en la presentación de este libro, se refiere a las relaciones del mundo editorial español, pero centralmente de los editores radicados en Barcelona, con la explosiva difusión de la literatura latinoamericana. Uno de los motivos de ese interés reside en los escabrosos detalles acerca del accionar de la censura, problema que debieron eludir escritores, críticos y editores; se traen los comentarios de los censores, que a la distancia sueñan de lo más divertidos, y los detalles de los procedimientos que se siguieron, menos simpáticos: el tritramiento de los

textos, los secuestros de ediciones enteras, la prohibición de importación de libros, la denegación de autorizaciones de publicación y las diversas reacciones de los escritores castigados.¹⁶ Junto con el conocido caso de *La ciudad y los perros* de Mario Vargas Llosa que debió ser presentado por José María Valverde con un prólogo destinado a sortear ciertas fórmulas de la censura, se recuerda que el premio concedido a Carlos Fuentes en 1967 por *Cambio de piel* no llegó a publicarse en España y se narran los vericuetos que afectaron la edición de *Tres tristes tigres* de Guillermo Cabrera Infante publicado en 1967. Una historia que el autor mismo recuperó, junto con otras derivaciones, en el irónico prólogo titulado «Lo que este libro debe al censor» que encabeza la edición de la novela en 1990 por la editorial Ayacucho.

Aunque es un elemento que merecería una discusión mayor que la que ya se ha dado, resulta de interés en este contexto editorial el sinceramiento de unos avatares que colaboran a la desmitificación del papel desempeñado por las editoriales barcelonesas en la consolidación de un fenómeno literario y que mucho le debe a las seductoras *Memorias* de Carlos Barral.¹⁷ Si bien sería necesario un mayor detalle respecto del papel desempeñado por estos premios, la edición y la distribución de esos libros, persiste cierta nostalgia ante lo que en la actualidad se percibe como carencia, no porque las editoriales en España hayan abandonado la publicación de libros firmados por los nuevos bárbaros sino porque su distribución sectorializada dificulta, como en los tiempos de mayor inco-municación, la posibilidad de pensar la continentalidad de nuestra literatura: lo que mi amiga Carmen Perilli llamó en una conversación privada, que ahora hago pública, la

«alfaguarización» de la cultura y que hace víctimas en las dos orillas.

Persisten algunas desinteligencias que en lo fundamental tienen que ver con la perspectiva desde la que se escribe y que no alcanzan a empañar el tono reflexivo del volumen. Uno de los nudos teóricos de la cuestión se vincula con la pregunta acerca del prefijo que se antepone al nombre de la cultura americana: latino...hispano...ibero...afro...indo... Un problema que se presentó como tal cuando después del 98 los americanos perdimos, entre otros despojos, el nombre que nos distinguía y en el que nos reconocíamos. Si la suma de partículas antepuestas al nombre como las cuentas de un collar, que alguna vez propuso Carlos Fuentes, tampoco resuelve, el reconocimiento de la vacilación en el nombrar debería ser por lo menos un motivo de discusión.¹⁸

Otro nudo teórico remite a la difícil relación entre la reconocida existencia de las literaturas nacionales y la utopía de una literatura continental que en los sesenta tenía como referente, es cierto, un proceso revolucionario cercano y entrañable hoy alejado por casi cincuenta años de complejas transformaciones. En algunos argumentos se percibe la dificultad para entender y aceptar la trabajosa articulación entre lo nacional y lo continental que me parece una de las cuestiones algo abandonadas en el análisis de la cultura latinoamericana tanto desde la percepción peninsular como desde la propia. Quizá sea por eso que en el libro se habla de Hispanoamérica y de hispanoamericanismo; aunque no con el viejo sentido colonialista de la España del siglo XIX que estalló en 1936, el desafecto por otro nombre, América Latina, el latinoamericanismo, si bien reconoce raíces históricas y problemas de atribución cru-

zados también por cuestiones lingüísticas y culturales, merecería ser reconsiderado. Es interesante por lo demás, que los colegas que trabajaron con tanta seriedad en este libro no le hayan buscado con mayor ahínco otra posibilidad que la de extranjeros a su interpretación de «bárbaros», aunque hayan celebrado su llegada. Afortunadamente las expectativas que despierta una próxima llegada de los bárbaros no fueron desilusionadas en la España de los sesenta como sí sucede en el poema de Constantino Cavafis. Recuerdo de «Esperando a los bárbaros»:

-¿Por qué comenzó de improviso esta inquietud
y confusión? (Los rostros qué serios que se han puesto.)
¿Por qué rápidamente se vacían las calles y las plazas
y todos regresan a sus casas pensativos?
Porque anocheció y los bárbaros no llegaron.
Y unos vinieron desde las fronteras
y dijeron que bárbaros ya no existen.
Y ahora qué será de nosotros sin bárbaros.
Los hombres esos eran una cierta solución.

Si la utopía de América que imaginaron, entre muchos otros, José Martí, Pedro Henríquez Ureña o Alfonso Reyes, merece ser reconsiderada, lo mismo sucede con aquel momento excepcional en que «del lado de acá» los viejos sueños parecieron realizarse y en que «del lado de allá» los bárbaros parecían haber llegado para quedarse. Quizás esta amplia reflexión venida del otro lado del océano, que ahora reactualiza encuentros y desencuentros, sea útil para que veamos nuestras historias desde todos los lados.

NOTAS

- 1 Marco, Joaquín y Gracia, Jordi (eds.) (2004). *La llegada de los bárbaros. La recepción de la literatura hispanoamericana en España. 1960-1981*. Barcelona: Edhasa.
- 2 Gracia, Jordi. (2004) «Después de la tormenta, 1973-1982» en Marco, Joaquín y Gracia, Jordi (eds.). *La llegada de los bárbaros. La recepción de la literatura hispanoamericana en España. 1960-1981*. Barcelona: Edhasa, p.159. En el mismo sentido se expresan otros participantes del volumen. Ver Dunia Gras Miravet y Pablo Sánchez López: «La consagración de la vanguardia (1967-1973)».
- 3 Fernando Tola de Habich y Patricia Grieve, *Los españoles y el boom. Cómo ven y qué piensan de los novelistas latinoamericanos Carlos Barral, Juan Benet, J.M. Caballero Bonald, José María Castellet, Camilo José Cela, Rafael Conte, Miguel Delibes, Jesús Fernández Santos, Juan García Hortelano, Luis Goytisolo, Alfonso Grosso, Juan Marsé, Carmen Martín Gaité, Daniel Sueiro*, Caracas, Monte Ávila, 1971. Dunia Gras Miravet y Pablo Sánchez López (op.cit.) mencionan otra recopilación de similares características: Federico Campbell, *Infame turba*, Barcelona, Lumen, 1971.
- 4 Donoso, José. (1983) *Historia personal del boom*. Buenos Aires: Sudamericana/Planeta. Nueva edición con Apéndice del autor seguido de «El 'boom' doméstico por María Pilar Serrano». (1ª edición, Barcelona, Anagrama, 1972).
- 5 Blanco Amor, José. (1976) «El final del 'boom' literario latinoamericano» en *El final del boom literario y otros temas*. Buenos Aires: Ediciones Cervantes, p. 13. En parte reproducido en *La llegada de los bárbaros*, op.cit., pp. 1014-1021.

- 6 Rama, Ángel (ed.) (1984) [1981]. *Más allá del boom: literatura y mercado*. Buenos Aires: Folios.
- 7 Ver *Repertorio Americano*, tomo XIV, núm.4, San José - Costa Rica, 29 de enero de 1927.
- 8 de Zuleta, Emilia. (1989) «El autoexilio de Guillermo de Torre» en *El exilio español en Hispanoamérica, Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, 473-74, noviembre-diciembre 1989.
- 9 Ver Giménez Caballero, Ernesto (2005). *Casticismo, nacionalismo y vanguardia* [Antología, 1927-1935]. Madrid: Fundación Santander Central Hispano. Selección y prólogo de José-Carlos Mainer.
- 10 Manzoni, Celina. (2001) «La polémica del Meridiano Intelectual de 1927. El problema del idioma nacional» en *Un dilema cubano. Nacionalismo y vanguardia*. La Habana: Casa de las Américas.
- 11 Jorge Cuesta, «Carta al Sr. Guillermo de Torre», publicada originalmente en *Repertorio Americano*, tomo XIV, núm.17, San José - Costa Rica, 7 de mayo de 1927. Se reproduce con el mismo título en *Martín Fierro*, Año IV, núm.42, Buenos Aires, junio10-julio10, 1927.
- 12 El texto de Arlt se publicó el 17 de enero de 1930 en *El Mundo* (luego en *Aguafuertes porteñas*, Buenos Aires, Losada, 1958). Amado Alonso discute las tesis de Costa Álvarez en dos oportunidades en la revista *Síntesis*: «La filología del Sr. Costa Álvarez y la filología (a propósito de un libro)», 23 de abril de 1929. Y, «Sobre el difunto Costa Álvarez» (26 de julio de 1929). Para un análisis de estas y otras cuestiones

- sobre el problema de la lengua, ver Ángela Di Tullio, «Meridianos, polémicas e instituciones: el lugar del idioma», en Celina Manzoni (dir.), *Rupturas*, vol.7, en Noé Jitrik (dir.), *Historia Crítica de la Literatura Argentina*, Buenos Aires, Emecé, en prensa.
- 13 Rama, Ángel (1984). «El 'boom' en perspectiva» en *Más allá del boom: literatura y mercado*. Buenos Aires: Folios, p 52.
- 14 Dunia Gras Miravet y Pablo Sánchez López (*op.cit.*), pp.109 y 134.
- 15 Tomás Eloy Martínez, uno de los protagonistas de la consagración del fenómeno a través de la revista *Primera Plana*, pregunta en un reportaje «¿Qué se hizo de Luis Harss?», *adn cultura, La Nación*, Buenos Aires, 26 de enero de 2008, pp.4-9.
- 16 Ver Prats Fons, Núria (2004) «La censura ante la novela hispanoamericana», en *La llegada de los bárbaros, op.cit.*
- 17 Barral, Carlos (1998). *Cuando las horas veloces*. Barcelona: Tusquets. y Barral, Carlos (1990) *Años de penitencia*. Barcelona: Tusquets. También, aunque menos entretenidas, las de Muchnik, Mario (1999). *Lo peor no son los autores. Autobiografía editorial 1966-1997*. Madrid: TMM. y Muchnik, Mario (2000) *Banco de pruebas. Memorias de trabajo 1949-1999*. Madrid: TMM.
- 18 En la larga tradición de este debate remito entre otros a Arturo Ardao y su consistente bibliografía. En Ardao, Arturo (1993). *América Latina y la latinidad*. México: UNAM, recupera además una serie de documentos sobre «una cues-

ción fundamental para el conocimiento de nosotros mismos».

- * CELINA MANZONI. Doctora en Letras (UBA). Profesora Titular Consulta de Literatura Latinoamericana en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Secretaria Académica del Instituto de Literatura Hispanoamericana. Investigadora especializada en área Caribe y directora del Grupo de Estudios Caribeños en el ILH. Becaria de la DAAD en el Instituto Iberoamericano de Berlín y de la UBA en la Universidad de Princeton. Premio Ensayo Internacional 2000 Casa de las Américas, La Habana. Co-Directora de *Zama*, revista del Instituto de Literatura Hispanoamericana y miembro del Comité Editorial de revistas académicas en América Latina y Estados Unidos. Cursos y conferencias en América Latina, Estados Unidos y Europa. Numerosos artículos publicados en libros y en revistas de la especialidad. Libros: *El mordisco imaginario. Crítica de la crítica de Pablo Palacio* (1994). *José Martí. El presidio político en Cuba. Último diario y otros textos* (1995). *Un dilema cubano. Nacionalismo y vanguardia* (2001). *Roberto Bolaño: la escritura como tauromaquia* (2002). *La fugitiva contemporaneidad. Narrativa latinoamericana 1999-2000* (2003). *Margo Glantz, narraciones, ensayos y entrevista. Margo Glantz y la crítica* (2003). *Violencia y silencio. Literatura latinoamericana contemporánea* (2005). *Vanguardistas en su tinta. Documentos de la vanguardia en América Latina* (2007).